**MIKLÓS SZENTKUTHY**

# RENACIMIENTO NEGRO

Traducción del húngaro de
Adan Kovacsics

# Vita

## Biografía de un santo

Era san Dunstano un joven de una belleza esplendorosa. Su mente, su intelecto y sus conocimientos eran igual de deslumbrantes. Esta dualidad –el encanto femenino de un Adonis y la posesión de toda la cultura de su época (desde Irlanda hasta la India)– le provocó importantes y fatales conflictos internos. Vivió también otra «crisis eterna», concretamente la lucha, en su alma y en su política, entre el cristianismo celta antiguo, rico en elementos paganos, y la religión estatal, romana, cesárea, católica-moderna de carácter casi jurídico, puesto que ejerció en varias ocasiones una función más regia que la de los propios reyes en la Inglaterra del siglo X. Y hubo una tercera oscilación vertiginosa en su alma infinitamente pródiga, en la que cabían casi todos los roles imaginables, que, además, interpretaba: el vaivén entre el papel de emperador o dictador y el amor o deseo insaciable de la vida de ermitaño, de la soledad, del arte, de los bosques románticos.

Descendiente de los reyes de Wessex, era, si os parece, un David bíblico o donatelliano o, si os sirve de mejor ayuda, una Artemisa masculina creada por Thomas Mann, pero perfumada con el Antiguo Testamento, la mitología pagana y la psicología freudiana: un ninfo adolescente. No estaría de más, por supuesto, que considerarais estas características con cierta discreción, aunque tales acentos fuertes también son necesarios

para una clara comprensión de la «Santa lectura» *(Renacimiento negro)*.
Recibió su formación religiosa en Glastonbury, el escenario de la monumental novela de J. C. Powys titulada *A Glastonbury Romance*, y, lo que es decisivo (tanto para Dunstano como para Powys), la impartieron unos monjes benedictinos celtas huidos de Irlanda, que fusionaron los antiguos mitos paganos irlandeses con leyendas judías y cristianas antiguas y con el abigarrado, interminable y caleidoscópico panteón de la Roma antigua o cesárea. Había en este cristianismo más paganismo de lo que uno imagina y también, aun así, más cristianismo de lo que uno imagina. En un escenario diseñado con objetivos pedagógicos y, por tanto, simplificador, tendríamos a la izquierda las vetustas piedras gigantescas de los altares o templos de Stonehenge, tempestuosas como las pintara Constable (1836) –huesos y cielo revuelto–, y a la derecha los templos romanos con las ordenadas columnas griegas, donde los cristianos celebraban ya misa.
En el agua repetidamente bendecida de la inmensa pila bautismal de Glastonbury, condimentada con gotas de sangre de mártir y de agua del río Jordán (y quizá también con perfumes de santa Magdalena y con su *night and cold cream*, una auténtica reliquia), se «bañaban» los novicios; allí estaban, de pie, con velas en las manos –Dunstano entre ellos–, con un tocado ligerísimo, comparable a la corona de la luna; recordaban de algún modo a los apóstoles ambulantes, envueltos por hojas de hiedra que se asemejaban al papel ondulado que rodea la base de ciertos pasteles: pelo rubio fluente, serpientes que revivían a los pies de la Virgen, rostros angelicales, ensueño, amores de Adriano y Buen Pastor, pechos trémulos, birretes cardenalicios, barriga discretamente abombada en torno a la anémona oriental del ombligo, cirio en la mano, el ídolo experimental de la luz temblorosa como paloma temblorosa caída del nido celestial del *fiat lux*. Sus brazos y sus muslos: *canali giocosi* aterciopelados y traviesos surgidos de una fuente termal, sinuosos como deltas.



En el monasterio, Dunstano era el mejor en latín y griego, se sabía a Tácito de memoria, sabía también de política, de estilo, de sueños eróticos (inevitables, claro, y no es el momento

ni de bendecirlos, ni de excomulgarlos, ni, sobre todo, de analizarlos), conocía la vida de Tiberio, los retratos biográficos y literarios, la variedad de los dioses y su común denominador secreto, el sentido, el amor y la «anarquía» de los griegos decadentes, la utilidad intelectual de la senectud, hasta entonces desconocida para él, y se mostraba favorable a la política y en contra de las «torres de marfil» paranoicas. Al mismo tiempo, aprendía de todo ello las consecuencias surrealistas de la soledad (por el momento *con grandezza*); lean ustedes atentamente, por ejemplo, el capítulo dedicado a Antimo en la «Santa lectura» que viene a continuación, donde se habla de Antimo en los jardines de la emperatriz: poesía, filosofía, religión, jardín del Edén, soledad, majestad imperial. ¿Se necesita algo más? ¿No es el deseo de los deseos?

Sería absurdo hablar de pasiones y misterios en el sentido clásico en Glastonbury, porque allí todo era juego, danza, drama y pantomima de muñecos bellos como figuras de vitrales, noble mezcla de todo cuanto podía mezclarse, desde el Antiguo Testamento, pasando por las locuras basadas en esencias celtas, por las leyendas áureas griegas, hasta llegar a los cuatro libros del Evangelio. En la noche del Jueves Santo, Dunstano era el Cristo desesperado del Monte de los Olivos en la iglesia oscurecida, iluminada por una sola lámpara (el altar se limitaba a una montaña de hojas, y Dunstano permanecía tumbado boca abajo por su dolor, igual que en uno de los grabados de Durero), y en medio de su pasión pronunciaba sollozando las palabras de la Ifigenia de Eurípides, como si al «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» hubiera que añadir lo siguiente en la desgracia: «¿Quién sabe lo que le aguarda? Impenetrables son los decretos del destino, todos ignoran sus desdichas futuras, y la ciega deidad nos arrastra a un desconocido abismo».

Era todavía muy joven cuando fue nombrado profesor de la «universidad» de Glastonbury y explicó la obra capital de Lu-



crecio escrita en lengua latina; precisamente desde la imposibilidad de interpretar el mundo demostró la certeza de un sentido y de una interpretabilidad definitivos, la verdad que surge y se comprende de forma imperiosa a partir de la naturaleza absurda y de la historia insensata. Con sus alumnos y alumnas (las monjas también asistían a sus clases) se sumía intrépidamente

en las profundidades de sus «tesis» –encarnando con precisión a Samuel Beckett–, tal como podremos comprobar más adelante en el índice del capítulo titulado «Brunelleschi»: 1) estética desengañada, lógica desengañada; 2) lucha entre la aspiración de la verdad plena y la aspiración de la forma perfecta; 3) hacia el relativismo absoluto; 4) tanto la realidad como su interpretación son un sinsentido; 5) sólo existen las direcciones, sin una meta; 6) odio los nombres que tapan los hechos; 7) también existe un irracionalismo libre de todo romanticismo, estrictamente racionalizado, frío y sobrio; 8) tanto el eros del cuerpo como el del alma conducen al fracaso (cosa que, ay, no percibía una de sus alumnas bajo los pliegues crujientes de su ropa de novicia). Detrás de tanto *nihil* sólo puede existir, en rigor, una certeza absoluta que todo lo resuelve: Dunstano lo explicaba con precisión, punto por punto, y la monja, pálida como el papel, se dejaba llevar en brazos de su maestro a un confesionario, después de cambiarse de ropa y de perfumarse, práctica obligatoria para las oyentes en determinados días del mes.

Como es bien sabido, las matemáticas y la música eran hermanas incestuosas en la Edad Media, lo cual no menoscaba en absoluto ni la pasión sensual y afectiva de la música ni mucho menos el rigor beatífico y hasta redentor de los números: tal vez la *musikalische Mode* asociada al nombre de Schönberg sea un pálido recuerdo de todo ello. Dunstano era un excelente músico, un cantante con voz de soprano. El día de la decapitación de san Juan Bautista se representaba, como es natural, la danza de Salomé (¿por qué no? En Oriente también se conocía a un Cristo danzante, y su adoración llegó en un santiamén hasta las costas occidentales de Irlanda gracias a las naves y a



los caminos romanos). Dunstano interpretaba el papel de Salomé a la orilla de un lago porque así sus pasos de baile se reflejaban en las aguas color verde y podía demostrar de forma práctica y visual los temas musicales, su inversión, su retrogradación y la subsiguiente inversión retrógrada.

Situados al otro lado del lago, los y las oyentes elaboraban las partituras, trazaban líneas con formas gráficas y coreografías parecidas a cardiogramas en pergaminos enrollados de derecha

a izquierda que extendían sobre las rodillas, con flechas rojas, verdes y azules para indicar las ligazones, aunque todo ello avanzaba con enorme dificultad: Dunstano era demasiado bello (por aquellos años, nada de sacerdocio ni de vida monacal, siguió siendo un seglar durante mucho tiempo). Después de la danza, «Salomé» se tumbaba boca arriba en la hierba y doblaba las rodillas, siguiendo quizá el modelo del triángulo del teorema de Pitágoras; su mínimo vientre hundido palpitaba por el cansancio como los flancos de los reptiles o los peces planos de un acuario cuando respiran o quién sabe qué hacen. Los nenúfares –cálices o «boles» de Buda– no tremolaban menos, a pesar de su inmovilidad, que los ojos de aquellas muchachas que, contemplando el Corpus Christi de Dunstano, le pedían en coro que cantase. Dunstano se sentaba entre ellas (¿oboe?, ¿lira?, ¿flauta?, ¿guitarra o mandolina *à la Vivaldi*?) y su cuerpo adónico-hedónico emitía, con un inesperado tono trágico, el aria de la confesión: «Y mi destino es el más oscuro porque tiemblan su superficie y su fondo, porque oscila entre vida y obra como un alma entre angustia y aridez: a la vida me llama la obra, y vivir en la obra es mi destino. He aquí, por tanto, mi epitafio: ni obra celestial, ni vida terrena».

Puestos a referirnos a la dedicación de Dunstano al arte de la música, cabe mencionar, para ser precisos, otra anécdota perteneciente a un período posterior de su vida. Por entonces, el rey Aethelstan gobernaba Inglaterra –¡Dunstano sobrevivió a muchos reyes!– y se conocía perfectamente el riguroso decreto del concilio de Cartago de 392, según el cual los recién casados cristianos debían abstenerse de cohabitar en la prime-



ra noche, pues eso, *ius primae noctis*, correspondía a Jesucristo Nuestro Señor, no sólo el Primer Esposo Celestial de algunas santas y monjas distinguidas, sino de toda mujer cristiana. Cuando Aethelstan se casó, su esposa pasó la noche en cama y habitación aparte, mientras Dunstano cantaba y tocaba música ante la puerta cerrada; dentro, una cortesana permanecía pegada a la reina para protegerla. Durante la interpretación de las piezas musicales y en las pausas, Dunstano y la gente de la corte que espiaba escucharon gran cantidad de llantos, suspiros, risas y vocalizaciones extáticas, como si las melodías de

Dunstano hubieran sustituido al marido de la reina; por la mañana vieron en el patio a Satanás, que huía a toda velocidad en forma de caballo llameante. La esposa, ebria de fervor, sólo despachó al flautista celestial apostado ante su puerta al cabo de una semana. A continuación vino el período de Cuaresma, pero no poseemos datos relativos al empleo del tiempo una vez transcurridos esos cuarenta días…